

# Un asunto del diablo

PAOLO MAURENSIG

gatopardo ediciones 



# Un asunto del diablo

PAOLO MAURENSIG

gatopardo ediciones 



# UN ASUNTO DEL DIABLO

PAOLO MAURENSIG

Traducción de Carlos Gumpert

Título original: *Il diavolo nel cassetto*  
© 2018, Giulio Einaudi Editore s.p.a, Torino

Publicado de acuerdo con Benedetta Centovalli Literary  
Agency, Milán

© de la traducción: Carlos Gumpert, 2019

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2019

Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: marzo de 2019

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: © Raymond Hennessy

Imagen de la solapa: © Cecilia Lascialfari

eISBN: 978-84-17109-81-3

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La literatura es un asunto muy serio en el apacible pueblo suizo donde transcurre esta novela: todos sus habitantes, desde el anciano cura que lleva años redactando sus memorias hasta la muchacha ingenua que fabula cuentos infantiles, escriben y ambicionan, sin éxito, ser publicados. Pero todo cambia cuando el diablo entra en escena disfrazado de editor. ¿Quién no estará dispuesto a hacer un pacto con él con tal de ver publicado su libro? Sólo el turbio padre Cornelius, enviado por la diócesis en ayuda del párroco local, advertirá del peligro de la situación.

Maurensig construye un refinado *thriller*, una libresca vuelta de tuerca al mito de Fausto y una fábula sobre nuestra sed insaciable de contar y oír historias.

«Cada vez que empuñamos la pluma nos disponemos a officiar un rito para el cual deberían encenderse siempre dos velas: una blanca y una negra.»

Paolo Maurensig

# UN ASUNTO DEL DIABLO

¿Qué puede inducirnos a la penosa tarea de reorganizar todos los objetos inútiles que hemos ido acumulando a lo largo de los años sin encontrar nunca valor para deshacernos de ellos? La inminencia de una mudanza tal vez, o —como en mi caso— la necesidad de vaciar una habitación, dedicada hasta entonces a depósito de cachivaches, para poder asignarle un uso diferente. Otras razones no se me ocurren. Antes de separarnos de un objeto cualquiera nos lo pensamos bien, y la mayoría de las veces optamos por conservarlo, convenciéndonos de que en el futuro podría resultarnos útil. Y mientras tanto las cosas van acumulándose, hasta que nos vemos obligados a hacer *tabula rasa*. Entonces empieza un viaje hacia atrás en la memoria: hojeamos rápidamente nuestro pasado, nos demoramos revisando fotos antiguas, releyendo cartas que no recordamos haber recibido, libros con dedicatoria, manuscritos... Y de estos últimos había montones: desde que la publicación de una afortunada novela me diera cierta notoriedad, me convertí en el polo de atracción de los aspirantes a escritores. Sus manuscritos comenzaron a lloverme con una regularidad impresionante, todos con la solicitud no sólo de leerlos para expresar mi reputada opinión, sino también de presentárselos a algún editor, con tal vez el añadido de un prólogo escrito por mi propia mano. Al principio me impuse el compromiso de leerlos hasta el final, pero enseguida me di cuenta de que nunca conseguiría mantener semejante ritmo, y de que malgastaría buena parte de mi tiempo en textos carentes de interés. Sin embargo, deshacerse de ellos no resulta fácil: si ya me causa pesar privarme de un objeto, por inútil que sea, lo que me lleva a reprimirme con los escritos ajenos es siempre cierta forma de respeto hacia su autor, y así, antes de arrojarlos a la papelera, quise asegurarme de no

haber cometido ningún error de valoración; y mientras estaba allí, hojeando un manuscrito tras otro, cayó en mis manos un grueso sobre marrón aún cerrado, cubierto en su mayor parte por un mosaico de sellos de la Confederación Helvética. Desgarré el borde y me vi con un texto de un centenar de hojas mecanografiadas entre las manos. No tenía ninguna carta adjunta, ni aparecía el nombre del remitente, o una dirección a la que remitirlo. Era evidente que el autor quería permanecer en el anonimato. O tal vez pretendía revelarse en el curso de la lectura.

El título era: *Un asunto del diablo*, y empezaba así:

«Tiemblo ante la mera idea de haber puesto negro sobre blanco esta historia. Durante mucho tiempo la he estado reteniendo dentro de mí, pero al final tuve que liberarme de un peso que corría el riesgo de comprometer mi equilibrio mental. Porque no cabe duda de que se trata de una historia que discurre al borde de la locura. Y, sin embargo, la escuché hasta el final, sin dudar nunca de las palabras de ese hombre. Sobre todo, porque quien hablaba era un sacerdote».

Puedo entender que a los ojos del lector todo esto tenga la apariencia de una estratagema narrativa, en la literatura pululan los manuscritos, los diarios, los epistolarios y memorandos encontrados en los lugares más disparatados y de las formas más insólitas. Pero, pensándolo mejor, todas las historias empiezan siendo trazadas o impresas en papel, todo lo que leemos comienza con una resma de hojas o, mejor dicho, con un manuscrito, aunque sólo sea uno de los muchos que se amontonan sobre el escritorio de un editor, o de aquel a quien se le encomienda su lectura. No había nada extraordinario, por lo tanto, en su hallazgo: aquel paquete de hojas estaba en el lugar adecuado, sólo que había escapado a mi atención. Lo único extraño era el anonimato.

El íncipit parecía prometedor. Así que, rodeado de legajos de todas clases, y dejando a medias mi trabajo de desescombro, proseguí con la lectura.

Si el autor evita revelar su nombre, da comienzo a su historia especificando el lugar y la fecha como compensación. Todo se remonta, en efecto, al mes de septiembre de 1991, durante una breve estancia suya en Suiza, concretamente en Küsnacht, una pequeña localidad a orillas del lago de Zúrich, adonde va nuestro protagonista con ocasión de un congreso de psicoanálisis.

«Me hallaba en aquel lugar en mi calidad de consultor de una pequeña editorial que pretendía incluir en su catálogo una colección dedicada a esa materia, tan fascinante como controvertida. Dicho así, el lector podría pensar que yo desempeñaba un papel importante. En realidad, la editorial pertenecía a mi tío, a quien, propietario de una tipografía, después de haber impreso miles de volúmenes por cuenta de terceros, le asaltó la repentina ambición de convertirse en editor por su cuenta y riesgo, contratándome más por obligaciones familiares que por méritos propios.»

Unas cuantas frases para contar algo sobre sí mismo. Desvela de inmediato su condición de huérfano: muerta su madre al dar a luz y fallecido su padre pocos años después, víctima de un accidente laboral, nuestro protagonista se crió con su tío paterno. También descubrimos que lo devoraba la pasión por la escritura, y gracias a estas noticias estamos en condiciones de atribuirle una edad: más bien joven, se diría, de entre veinticinco y treinta años. Al hablar en primera persona, el autor no tiene necesidad de revelar su nombre, pero para evitar innecesarios circunloquios le asignaré yo uno, lo llamaré Friedrich: nombre que, según creo, perfila a un pálido y rubio aspirante a escritor que deambula por los valles de Suiza.

Hablando de su tío, Friedrich dice textualmente:

«Los libros eran el único punto que teníamos en común: él aspiraba a publicarlos, yo a escribirlos. Me encontraba, de hecho, en ese dichoso estado larvario por el que todos pasamos tan pronto como descubrimos (o nos engañamos creyéndolo) que hemos sido tocados por alguna de las artes. Durante cierto tiempo hice de recadero en un periódico local a cambio de una remuneración que apenas me bastaba para comprar cigarrillos. Me encargaba de la página de obituarios y, de vez en cuando, de crónicas menores. Fue en esas páginas donde publiqué algunos relatos breves, sin otra intención que la de rellenar los huecos. Si escaseaban las noticias y aún quedaba espacio libre, el redactor jefe me encargaba entonces que garabateara un cuentecillo que no excediese de los cuatro mil caracteres. Por lo tanto, nunca había escrito nada que fuera más allá de la *short story*, ni publicado en ningún sitio aparte de la página de ese periódico de provincias. Pero dentro de mí cultivaba un sueño, vivía ese periodo de inactividad mientras esperaba a que una semilla plantada en el suelo fructificara hasta alcanzar en poco tiempo el tamaño de una planta exuberante y fértil.

»Cuando poco después me contrató mi tío en la editorial, con el cometido de leer manuscritos y corregir pruebas de imprenta, me pareció haber dado un paso adelante. Vivía rodeado de libros, respirando el olor a tinta de imprenta que me embriagaba como una droga. Me daba aires de escritor, con una libreta y un lápiz siempre en el bolsillo, listos para cuando fuera necesario. Observaba a la gente, tratando de leer en cada uno su historia personal... Y, sin embargo, dudaba seriamente de que algún día a alguien pudiera ocurrírsele contármela. En cualquier caso, tenía un trabajo fijo en la editorial y, aunque estuviera mal pagado, me aferraba a él con todas mis fuerzas. Y ésta era mi primera e importante misión fuera de la ciudad. Mi tío me había asignado esta tarea gracias a mi dominio del idioma alemán, por más que este tenga muy poco que ver con el habla local.

»En Küssnacht vivió y murió Carl Gustav Jung, y con motivo del trigésimo aniversario de su fallecimiento, se celebraba ese año un congreso de tres días en el que participaban expertos de todo el mundo. Escuchando a los ponentes, famosos en aquel entorno, pero completamente desconocidos para mí, tal vez encontrara algún texto, no demasiado pretencioso, que poder publicar, inaugurando así la nueva colección de la editorial. Y si se daba el caso de que no encontrara nada interesante, ¡qué se le iba a hacer!, habría disfrutado de unas cortas vacaciones a expensas de la empresa.

»No había tenido la precaución de reservar un hotel, así que tuve que conformarme con alojarme en la Gasthof Adler, una posada pulcra y tranquila, algo apartada. Un lugar ideal para escribir, pensé de inmediato, pues en aquella época lo valoraba todo con el ojo del escritor ambicioso. La posada distaba unos kilómetros del centro urbano, donde se celebraba el congreso en una sala municipal. El autobús de correos pasaba cada hora, pero en realidad no era un tramo excesivamente largo para recorrer a pie, y si se quería atajar, podía tomarse un sendero que cruzaba un tupido bosque de abetos. Hacía buen tiempo, el aire lacustre tonificaba los pulmones y a la luz del sol la variedad de rosales que adornaban cada casa, desde los chalés hasta la más modesta de ellas, resultaba una delicia para los ojos. De modo que esa mañana decidí ir andando. Aún no me era dado saber que, al cabo de no mucho, algo se disponía a empañar la imagen idílica que me había formado del lugar. Fue en un encuentro que se produjo en circunstancias particulares. Estaba bajando hacia el pueblo por el sendero que cruzaba el bosque, cuando de repente oí cierto revuelo que provenía de la vegetación. Me detuve, intrigado. Pensé de inmediato en un animal asustado —un cervatillo tal vez— que aparecería de repente cortándome el paso, pero pronto descubrí que se trataba de un hombre de una complejión tan recia que resultaba incluso deforme. Con un delantal de cuero rígido, vagaba entre los árboles sostenien-

do un cubo de plástico repleto de un picadillo rojizo, que esparcía a manos llenas por el terreno. Al percatarse de mi presencia, alzó la mirada hacia mí: la barbilla huidiza y el labio inferior colgante me hicieron pensar en un retrasado mental al que se le había encomendado una tarea que nadie más quería desempeñar. Tan pronto como me vio, el hombre agitó su brazo como en señal de amenaza. ¿Qué habría querido decirme con ese gesto? Seguí avanzando por el sendero presa de una creciente sensación de inquietud, como si hubiera entrado sin autorización en una propiedad privada. No deseaba otra cosa que alejarme de aquel lugar lo antes posible y llegar al pueblo. Habría recorrido un centenar de metros, cuando oí los pasos apresurados de alguien que avanzaba a mis espaldas por el mismo camino. Por un momento pensé que podía tratarse del sujeto a quien acababa de ver deambulando en el bosque, pero su andadura era demasiado ágil y decidida para una persona de su tamaño. Seguí recto y sólo me di la vuelta en el último momento, cuando el extraño ya estaba a punto de alcanzarme. En ese momento, la sensación fue de alivio al ver que se trataba de un sacerdote. Un sacerdote católico: con hábito y sombrero de teja. Pequeño y ligeramente encorvado —como siempre me había imaginado al padre Brown—, me superó a paso rápido y después de un breve saludo me puso en guardia de inmediato: “Mucho cuidado con los zorros —dijo con voz exaltada—, no permita que se le acerquen: hay una epidemia de rabia selvática por aquí”. Una vez pronunciada esta frase, prosiguió su camino, distanciándose pronto de mí para desaparecer detrás de la primera curva del tortuoso sendero. Tan acentuadas me parecieron sus prisas —como si tuviera literalmente al diablo pisándole los talones—, que me hizo temer un peligro inminente. Me hallaba en el punto en el que el bosque se vuelve más tupido y las copas de los abetos más altos oscurecían el pálido disco del sol. Habrá sido la sugestión provocada por esa extraña advertencia, pero de repente sentí que estaba a punto de ser presa del pánico. Recogí del suelo una robusta rama seca, dispuesto a defenderme si lle-

gaba el caso, y aceleré el paso en un intento de alcanzar al cura, que, con su marcha de corredor, parecía haberse esfumado. Al poco rato, sin embargo, al ver delinear entre los abetos las primeras viviendas y el relampagueo cegador del lago, recuperé la calma».

Friedrich, por lo tanto, llega al centro del pueblo, donde la vida cotidiana transcurre de manera ordenada y tranquila. En medio de tanta normalidad, sonríe ante el pensamiento de haber sido víctima de un miedo irracional. Casi no le parecía verdad lo que acababa de sucederle. Bien pronto se convenció de que sólo había sido una broma de la imaginación. Entra en el salón de congresos y ocupa uno de los pocos asientos libres que quedan. Durante unos pocos minutos sigue distraídamente la conferencia en curso: una ampulosa divagación sobre la vida de Jung. Después, entre muchos profesores barbudos y de melenas canosas —algunos con la pipa apagada entre los dientes—, ve de pronto, sentado unas diez filas más adelante, al pequeño sacerdote católico con el que acaba de cruzarse en el bosque. No tarda en descubrir que se trata de uno de los ponentes. Al terminar la conferencia, de hecho, el sacerdote sube a su vez a la tarima. Friedrich consulta el programa que lleva en el bolsillo. Es la última intervención de la mañana, y terminará a las doce del mediodía. En ese preciso momento, el reloj del ayuntamiento marca el décimo toque, y con puntualidad suiza, la palabra pasa al padre Cornelius —así se llama el sacerdote—, que expondrá una ponencia titulada: *El diablo transformista*. He aquí, pues, la explicación de todas esas prisas —piensa Friedrich—; era evidente que temía llegar tarde a la conferencia: una falta que los oyentes habrían considerado imperdonable.

El religioso aborda el problema del mal y de su emisario con varias digresiones en el mundo del arte y de la literatura, para desembocar al final en un muy particular punto de vista, defendiendo, en pocas palabras, la tesis de un diablo

encarnado que se confunde entre la gente y puede desempeñar múltiples papeles, asumiendo a veces la identidad y el aspecto de personas aparentemente normales, con las que mantenemos contactos personales todos los días... Nada de humaredas de azufre, por lo tanto, sino la más llana cotidianidad. Su tesis no tarda en despertar discrepancias. Un tema tan «laico», expuesto en ese santuario de la psique de forma tan espontánea por un curilla campestre, sólo podía provocar comentarios sarcásticos, hasta el punto de que algunos abandonan la sala entre protestas. A Friedrich, sin embargo, el argumento le parece de lo más original y susceptible de desarrollarse a la perfección en un volumen; además, su exposición es clara y su lenguaje está al alcance de todos, como el de un sermón dominical. Friedrich lo escucha con avidez, sin perderse una sola palabra, y cada vez está más convencido de haber encontrado lo que andaba buscando. Así que no regresará con las manos vacías ante su tío, y puede que llegue a ganarse incluso un congruente aumento de sueldo. En su mente, ya ve las palabras pronunciadas por el sacerdote impresas en papel, recogidas en varias cuartillas que se apilarán en su escritorio hasta formar un volumen; incluso se imagina la portada. Mientras tanto, el tiempo ha volado: las dos horas previstas han expirado y con admirable sincronía, con los toques de las doce, el padre Cornelius, despedido por un tibio aplauso, termina su exposición. El primer impulso de Friedrich es acercarse a él, pero en medio de la aglomeración de gente que se dirige a la salida se ve empujado hacia el exterior también. Y cuando la multitud se disgrega, y puede volver a la sala de conferencias, del sacerdote ya no hay rastro.

Siguen algunas páginas en las que Friedrich expresa sus inquietudes al lector. De hecho, teme no conseguir encontrarlo y que, después de la intervención, el sacerdote se haya marchado. Vanos resultan sus intentos, en la secretaría del congreso, para averiguar dónde se aloja el religioso: frente a la ostentosa cerrazón del dialecto local, su pulcro

alemán parece haberse convertido en una incomprensible lengua extranjera. De este modo, durante toda la tarde, Friedrich deambula por el centro de la localidad en un intento de encontrar al padre Cornelius, hasta que, ya de noche, decide regresar. Se siente cansado y decepcionado, y también hambriento. Sabe que en un momento dado la cocina de la Gasthof Adler cierra, y después de haberse saltado el almuerzo, no se siente capaz de irse a la cama también sin cenar. Pero he aquí que a su regreso le aguarda una sorpresa.

«Tan pronto como entré en el comedor, lo vi sentado en un rincón, el único huésped, concentrado en dar cuenta de su comida. Después de haberlo buscado en vano durante todo el día, ¡ahí estaba el padre Cornelius! No podía creérmelo. Pensando en nuestro encuentro en el sendero que lleva al centro de la localidad, debería haberme imaginado que también él se alojaba en la Gasthof Adler, pues no había, de hecho, otros hoteles o posadas en los alrededores. Esta vez no lo dejaría escapar. A juzgar por lo que aún quedaba en su plato, calculé que tenía tiempo suficiente para intentar una aproximación. No me senté muy lejos, pero él no parecía percatarse de mi presencia: estaba completamente absorto en sus pensamientos, y de vez en cuando movía los labios, como si hablara solo. Esa noche, al haber llegado tan tarde, tuve que conformarme con un plato frío acompañado de una pinta de cerveza; pero en aquel momento me bastaba con aplacar el hambre, porque mis pensamientos vagaban muy lejos: lo que más me urgía, de hecho, era encontrar las palabras adecuadas para entablar conversación. Sólo aguardaba el momento preciso, que, sin embargo, no tenía visos de llegar. Sea por la presencia de la camarera, que no veía la hora de quitar la mesa, sea por la atención del sacerdote, que parecía concentrada en algo muy lejano, cada vez se hacía más difícil intentar un primer contacto. Varias veces me aclaré la garganta para decir algo, alabando su ponencia, o recordándole tal vez nuestro